

Agapito Maestre

Entretelas de España

Meditaciones sobre la España moribunda



Unión Editorial

2020

© 2020 Agapito Maestre
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Nicaragua, 17 • local • 28016 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-804-6
Depósito legal: M. 14.340-2020

Imagen de la cubierta:
Jesús Cortés Caminero. Obra titulada *Díptico: entretelas de España*.

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Pedro de Tena, que ha hecho de su vida
una filosofía, porque me dio la idea y me insufló
su ánimo para escribir este libro.*

Índice

INTRODUCCIÓN.....	11
<i>Capítulo primero</i>	
¡Yo digo España!	31
<i>Capítulo segundo</i>	
España existe.....	39
<i>Capítulo tercero</i>	
España en el exilio. Las Españas.....	49
<i>Capítulo cuarto</i>	
España y su realidad histórica	59
<i>Capítulo quinto</i>	
España y su anomalía histórica	69
<i>Capítulo sexto</i>	
España, un enigma histórico.....	79
<i>Capítulo séptimo</i>	
España enigmática y problemática.....	93
<i>Capítulo octavo</i>	
España como problema	101
<i>Capítulo noveno</i>	
España (ir) reconciliable	109
<i>Capítulo décimo</i>	
España manipulada	117

<i>Capítulo decimoprimer</i>	
España novelable	125
<i>Capítulo decimosegundo</i>	
España psicológica.....	137
<i>Capítulo decimotercero</i>	
España y su destino	145
<i>Capítulo decimocuarto</i>	
¡España, un plebiscito cotidiano!	155
<i>Capítulo decimoquinto</i>	
España y sus pintores. España de odios y tragedias...	169
EPÍLOGO	181

Introducción

¡Cuidate, España, de tu propia España!

CÉSAR VALLEJO

Hace cuatro años, en 2016, escuché en la radio, el mismo día que comenzaba la primavera, que un golpista, alguien que hacía ostentación de querer romper definitivamente la nación española, sería recibido en La Moncloa, sede de la Presidencia del Gobierno de España, por el presidente del Gobierno en funciones. Y teclee en mi ordenador: mal empieza la mañana. Miré por la ventana y todo era gris. Oscuro. Salí a la calle. Llovía. Charcos y suciedad rodeaban la Puerta del Sol. Me dirigía al Ateneo por la Carrera de San Jerónimo. La calle estaba peligrosa. Cientos de baldosas de la acera estaban levantadas. La gente las evitaba sin mucho éxito. ¡Cómo no acordarse de la familia de la señora alcaldesa! Somos rehenes de nuestros políticos. Crucé la plaza de Canalejas y siguieron persiguiéndome las baldosas rotas. De repente, como por arte de magia, cambió el suelo. ¡Quizá cambió la vida!

Entonces las baldosas se habían convertido en losas. Eran grandes y firmes. No se movían. Daba gusto caminar sobre ellas. Levanté la vista y estaba casi al lado del Congreso de los Diputados. Pensé al instante en nuestros mediocres políticos, pero interrumpí mi elucubración. No me apetecía empezar la mañana con reproches. Pero era obvia su responsabilidad sobre las baldosas rotas de España. Tampoco servía de mucho llamarles sepultureros de una viejo fiambre. Aceptaba la ruina. Ayer como hoy vivimos entre ruinas. Conllevemos dije para mis

adentros la tristeza con dignidad. El gris oscuro era ya plomizo. Negro. Recordé a los clásicos del pesimismo: ¡Los grandes problemas no tienen solución, solo historia!

Entre baldosas rotas y enormes losas, entre cuerpos lisiados y almas negras, entre la nada y el abismo, aceptemos lo real, o sea, seamos surrealistas. Veamos la realidad llevada a su extremo: un presidente del Gobierno en funciones, un señor del PP, se entrevista con el presidente de la Generalidad de Cataluña. No sé qué dirá el primero, pero sí lo que ha avanzado el golpista, el separatista, el presidente fetén de la Generalidad. Yo lo había oído en la radio de sus propios labios. Repetirá que Cataluña es «independiente». Así lo ha aseverado multitud de veces: representa a un Parlamento de mayoría absoluta separatista y, por tanto, él preside un Gobierno independentista. Ese sujeto quiere que los españoles asistan a su propio entierro y que el cortejo fúnebre lo encabece un presidente del Gobierno en funciones que cierra los ojos y traga con todo. ¡Qué raro es nuestro presente! ¿Será verdad que los grandes problemas de España no tienen solución sino solo historia?

Me resguardé de la lluvia y dejé atrás la oscuridad de un día gris. La luz del pupitre del Ateneo era diáfana. Leí en un libro: «No llaméis esto pesimismo: reconocer la verdad no es nunca un acto pesimista. Carecer de sensibilidad para los inmensos dolores ambientes, no percatarse de la terrible mengua española, negar la espantosa realidad de nuestra situación, no podrá ser nunca verdadero optimismo: será siempre una falsedad. Pienso que optimista ha de ser más bien el que colige y amontona su dolor, religiosamente, solícitamente, sin que se pierda un adarme, y luego lo emplea como abono de futuras fecundaciones, macerando en él su energía, sus aspiraciones y su intención. El dolor, señores, es un severo cultivo; la alegría es solo la cosecha; en el dolor nos hacemos, en el placer nos gastamos. España es un dolor enorme, profundo, difuso: *España no existe*

como nación. Construyamos España, que nuestras voluntades haciéndose rectas, sólidas clarividentes, golpeen como cinceles el bloque de amargura y labren la estatua, la futura España magnífica en virtudes, la alegría española. Sea la alegría un derecho político, es decir, un derecho a conquistar. Podemos conocer nuestro itinerario moral en aquel lema que Beethoven puso sobre una de sus sinfonías: *A la alegría por el dolor*.¹

Esas líneas forman parte de un texto famoso de Ortega y Gasset, escrito en 1910 para una conferencia en la Sociedad *El Sitio*, de Bilbao, y titulado *La pedagogía social como programa político*. ¡Qué decir de ellas! Lo obvio. Son vigentes. Filosóficas. O sea contienen consuelo, si no cura, para nuestros fracasos actuales. Con ese ánimo comienzo este libro en torno a la idea de España. Quiero plantear algunos problemas intelectuales, pero también trato de dar consuelo a quienes al leerlo sientan, como su autor, que aún merece la pena luchar para que España no desaparezca como nación. Aún es tiempo de recordar la sencilla y hermosa frase que sor María de Jesús Agreda escribió a Felipe IV: «Esta navicilla de España no ha de naufragar jamás, por más que llegue el agua al cuello». Quizá algunos de nuestros grandes problemas como nación tenga solución y no solo historia. Quizá no todo esté perdido.

Esta meditación sobre una nación moribunda, España, trata de razonar que es necesario el juicio histórico para crear, mantener y desarrollar una conciencia nacional que parece estar puesta en cuestión por casi todas las agencias de socialización política e intelectual de nuestro país. Más allá del complejo asunto de la historia concebida como ciencia, o peor, como mera «ideología» que enmascara los intereses de los partidos gobernantes, es menester reconocer que la conformación del *juicio*

1. ORTEGA Y GASSET, J: *Obras completas*, II. Revista de Occidente/ Taurus, Madrid, 2004, p. 87.

histórico es un paso imprescindible para la construcción de una conciencia nacional. Si la supervivencia de un sistema democrático consiste en crear condiciones e instituciones para que haya más y mejor democracia, entonces resulta imprescindible determinar no solo hasta dónde puede llegar la historia como determinante de la política, sino cómo la historia está condicionada tanto por la retórica como por la acción política. La reflexión sobre la especial y singular vinculación entre la historia y la política es clave para potenciar o, por el contrario, suprimir una condición o posibilidad para el desarrollo de una sociedad libre.

Que un determinado grupo político puede determinar las formas de hacer «historia», después de aprobada la Ley de Memoria Histórica de España, es casi una obviedad al alcance de cualquiera. Pero que la historia esté condicionada por el acontecer político no significa en modo alguno que la identifiquemos con el poder. La confusión que creó el gobierno socialista de 2007 al aprobar la Ley de Memoria Histórica de España es algo más grave que un crimen puntual de orden intelectual. Es el inicio de un régimen político de carácter totalitario que identifica el poder del gobernante con el «saber histórico». Esta Ley 52/2007 sería un ejemplo relevante de esa confusión de planos del poder político y el saber histórico. Esta situación de corte autoritario, que nos impone cómo hacer historia y, sobre todo, cómo formarnos un «juicio histórico» de un periodo de la historia de España a través de una ley, tiene una larga tradición en España. No hemos llegado de la noche a la mañana a esa decisión legislativa, a todas luces arbitraria y necesitada de explicaciones complementarias; creo que es la consecuencia nefasta de un largo recorrido de degradación de la institución del saber histórico, que está lejos de haber sido estudiada con rigor y seriedad por nuestros académicos, historiadores y filósofos.

En este contexto de uso y abuso de la historia, entre el enjuiciamiento crítico del pasado y su utilización pública, reconozcamos que es imprescindible un conocimiento mínimo de la historia de España para emitir un juicio sobre la idea de España como nación en la actualidad. Eso no significa que una reflexión sobre la historia de España, o la historia de cualquier otro país, debería estar reservada a una casta privilegiada de historiadores o politólogos, especialmente cuando los hechos históricos tratados son de sobra conocidos. Los juicios históricos sobre hechos consabidos, según reconoció Francisco Ayala en su polémica con Claudio Sánchez-Albornoz, «no es —¡bueno fuera!— coto cerrado de especialistas, ni materia de erudición: la historia es, por su esencia, función de la vida pública, en la que todos participamos; y si la estricta crítica de sus fuentes pertenece al especialista, la comprensión de su sentido está abierta a cualquier mente lúcida».² Reservarle a los historiadores un puesto especial para llevar a cabo esa tarea de exégesis es una simpleza. Nadie tiene el monopolio de la interpretación del sentido de la historia de España. Por eso, precisamente, se siguen escribiendo historias y más historias.

Aunque dicho sea de paso, y en honor a la verdad, los historiadores de España, salvo algunas excepciones, son bastante parcos a la hora de evaluar y ofrecer juicios históricos demasiados generales sobre la finalidad de nuestra historia. Semejante proceder historiográfico admite una doble interpretación: mientras que para unos es un límite, una carencia, una falta a la hora de reflexionar sobre el sentido general de nuestra historia, para otros, más científicos que «filósofos de la historia», esa actitud de «neutralidad» del juicio histórico, si es que de neutralidad puede hablarse cuando se trata de historia y polí-

2. AYALA, F.: *Hoy ya es ayer*. Editorial Moneda y Crédito, Madrid, 1972, p. 372.

tica, constituye el primer paso decisivo para construir una historia ilustrada. Plural. La cuestión no es de fácil solución. Pero, antes de nada, bueno sería recordar que cada vez es menor el poder determinante de la historiografía política sobre la propia acción política. Los saberes sociales, económicos y politológicos han ocupado la función que otrora tuviera la historia en particular, y las Humanidades en general.

Por su parte, la historiografía científica contemporánea se muestra especialmente vigilante con aquellos proyectos políticos que se dejan fácilmente apoyar en una determinada visión de la historia nacional. La historiografía seria no se casa fácilmente con los intentos apologéticos de pasados discutibles. Pareciera que la historiografía más competente se ha tomado muy en serio el *dictum* benjaminiano: «No existe documento de la cultura que no sea a la vez documento de la barbarie». ³ Si la tesis de Benjamin fuera patrón de la historiografía contemporánea, entonces sería más que razonable el cuestionamiento de aquellos proyectos políticos que vienen justificándose en visiones apologéticas de determinados pasados nacionales. La historia tiene sus límites y quienes los desconocen pueden caer en burda ideología. El conocimiento lo más objetivo y crítico posible del pasado será siempre un instrumento necesario para la reflexión política y su concurso resultará imprescindible para la acción política. De ahí que yo sea extremadamente escéptico con la propuesta postmoderna, que anima y estimula la proliferación acrítica de «relatos» sin-sentido, simplemente por mor de una mirada sospechosa sobre la modernidad, tampoco soy partidario de la idealización mitificadora del pasado en la que pueden caer ciertas reconstrucciones de la Historia Nacional.

3. BENJAMIN, W.: *Allegorien kultureller Erfahrung. Ausgewählte Schriften 1920-1940*. Verlag Philill Reclan jun. Leipzig, 1984, p. 160.

Hace tiempo que el historiador ha dejado, afortunadamente, de ejercer de filósofo, pero el problema filosófico de la relación entre la historia y el individuo persiste, aunque algunos filósofos contemporáneos hayan querido darlo por zanjado como sería el caso del rumano Cioran, quien ante la pregunta «¿cree usted que se puede celebrar la historia?», respondió clara y terminantemente: «No, por favor, la historia es una matanza». De un escéptico radical resultaría ingenuo esperar otra respuesta que no reparase en el absoluto desamparo en que se encuentra el individuo. El divorcio entre la historia y el individuo es total; no existe mediación posible entre uno y otro: «Lo que es bueno para la historia es malo para los individuos». Y, además, por si alguien albergarse alguna dosis de esperanza, los individuos no pueden alterar el desorden histórico. La historia es el «devenir de lo irreparable».⁴

Sin embargo, mientras exista un solo hombre capaz de formularse un par de cuestiones sobre la relación entre el hombre y su pasado, no parece que podamos decir que el problema filosófico de la relación entre historia e individuo haya sido resuelto. Estas cuestiones han constituido y, en buena parte, todavía son los focos centrales de la reflexión europea de los dos últimos siglos, especialmente en la tradición iniciada por Kant y Hegel, que continuada por los maestros de la sospecha, conduce hasta los defensores actuales de la «Ilustración insatisfecha». Sus tesis son sencillas de enunciar: ¿cómo es posible convertir las fuerzas de la historia en potencias del individuo?, ¿alberga la historia alguna posible bondad aprovechable para el individuo? Sin perjuicio de que los filósofos continúen buscando respuestas a esas cuestiones tan «históricas» como antropológicas, los historiadores ya han dado su peculiar visión de la misma: la

4. SAVATER, F.: *Ensayo sobre Cioran*. Austral, Madrid, 1992, pp. 107 y ss., y 175 y ss.

historia es incapaz de predecir. El presidente del Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Madrid en 1993, Enrique de la Torre, lo reconoció al decir que a la historia no le atañe la predicción, porque es una reflexión sobre lo que el hombre ha hecho. Pero, en honor a la verdad, fueron mayoría los historiadores, que participaron en ese mismo congreso, no dispuestos a renunciar a difundir la historia y su incidencia en una mejor comprensión del mundo actual. La historia no predice, pero quien prescinde de la experiencia histórica está renunciando a todo tipo de previsión; eso significaría, por decirlo con otro de los grandes historiadores de finales del siglo veinte, Kula, como renunciar a la vida: «Sin previsión la vida sería imposible, y toda la previsión se basa en una experiencia histórica previa». Todavía podemos, pues, esperar algo de la historia y, por supuesto, de los historiadores.

El historiador no es un filósofo, pero comparten algo en común, a saber, la reflexión, la meditación y, a veces, las teorías que construyen sobre la experiencia histórica. El historiador, pues, no es *neutral*. La historia como tentativa de reproducción de hechos es imposible. Primero, porque el historiador no sobrevuela por encima de las ideologías y los intereses políticos, sino que está implicado en su tiempo. Tampoco los métodos y procedimientos de investigación historiográficos son infalibles ni mucho menos «objetivos». Por otro lado, y esto me interesa subrayarlo, buena parte del saber histórico, desde los años sesenta del siglo pasado hasta hoy, pasando sobre todo por corrientes postmodernas, ha estado dirigido a poner en cuestión, por decirlo contundentemente, una historia de corte «historicista» tendente a interpretar todo el pasado en función de grandes acontecimientos políticos. En verdad, esa extraordinaria proliferación de opciones teórico-metodológicas de la historiografía contemporánea tenían un objetivo principal: acabar con la historia política al servicio de un sujeto llamado Estado-

Nación. No creo que lo hayan conseguido. Pero nadie puede negar hoy la fuerza de esa historiografía⁵ contra la construcción de historias nacionales.

La repercusión de esa historiografía para España ha sido nefasta, porque nuestro país, después del franquismo, estaba más necesitado que otros de Europa de crear y desarrollar una genuina conciencia nacional que fuera la base de nuestro desarrollo democrático. Sí, la historia económica, social e incluso la historia cultural se ha sobrepuesto a la historia política y nacional. Se ha «sobrepuesto» tanto aquella pluralidad de «historias», especialmente de sub-historias regionales, a la Nación que ha terminado convirtiéndose en una ideología al servicio del partido gobernante. Por otro lado, las biografías de los grandes individuos han cedido ante las biografías colectivas y de personajes aparentemente irrelevantes. Todos esos cambios, junto a la críticas de los determinismos marxistas y de cualquier otro signo, han llevado a esbozar un futuro interdisciplinario en la historiografía. Esta interdiscipliniedad ha marcado a la *Nueva Historia*, también llamada «nueva ciencia social e histórica», con resultados bastantes desiguales: por un lado, ha dado buenos frutos en el ámbito de la antropología histórica; pero, por otro lado, ha sido nefasta cuando ha puesto en cuestión todas las historias de corte político y nacional, o peor, ha equiparado todas las historias nacionales en maldad «nacionalista».

5. Anglosajones, como Tompson, y franceses, como Veyne, Dubie y Foucault, han hecho grandes aportaciones a la historia social. También es decisiva la aportación alemana: Wehler, Kocka, Rüsen, Rürup, Schulze, Nipperdey y Lepenies son solo unos cuantos nombres representativos de una corriente histórico-social que pretende hacer frente a la tradicional historiografía político de corte hermenéutico-historicista. Cfr. MAESTRE, A.: *Modernidad, historia y política*, 2.ª edición, Tecnos Editorial, Madrid, 2011, pp. 119 y ss. También pueden citarse como ejemplos de ese nuevo sentir social de la historiografía contemporánea los siguientes centros internacionales de investigación: *Société Jean Bodin*, en Bruselas, la revista *Comparative Studies in Society and History* de Chicago, la revista francesa *Annales*...

También la historiografía española, que ha apostado antes por una pluralidad de principios y métodos que por la construcción de una historia política de carácter nacional, participa de esa ambigüedad. No se ha tomado demasiado en serio la idea de nación, del Estado-Nación, para el desarrollo de nuestra democracia. La carencia a la hora de evaluar y enjuiciar el «sentido» de nuestro pasado, especialmente en los ámbitos filosóficos, revela una cierta dejadez e indolencia a la hora de plantear la cuestión de España como Nación. Digo cierta, y digo bien, porque existe sectores muy relevantes de la inteligencia española preocupados no solo por construir una historia de la mejor calidad, sino por hacerla pensando en el presente y el futuro de la democracia española. Sin embargo, no podemos pasar por alto que existe una distancia significativa entre la producción de libros sobre historia de España, pocas épocas han publicado tantos libros de historia como la nuestra, y la escasa evaluación crítico-política de los fenómenos historiados para aquí y ahora. Creo que el alejamiento que se ha producido en el ámbito histórico entre lo qué se investiga y para qué se investiga ha tenido dos consecuencias lamentables para el desarrollo de la idea de España como nación: *deshistorización* de la conciencia ciudadana y, por el contrario, una *sobrehistorización nacionalista*. España, la historia de España, es ocultada tanto por los nacionalismos separatistas como por un supuesto «país» («este país») que hundiría sus «raíces» en otro «supuesto», e irreal, cosmopolitismo.

Los denominadores comunes de ambas posiciones son, por un lado, la negación de la historia en cuanto sabiduría y lección de lo acontecido que, a pesar de haber sido escrita con minúscula, explica los diferentes resultados políticos, económicos, culturales y sociales que se han dado en España, imprescindibles para evitar inútiles peligros y repeticiones; y, por otro lado, el rechazo de lo político como ámbito de crítica e ilustración,

de creación y resolución de conflictos, para entregarse a la exaltación de entidades supuestamente irreductibles a la nación española como puede ser la apelación a la sangre, la tierra o la noción de «pueblo» (catalán, vasco, gallego, andaluz, castellano, etcétera) como unidad de destino («nacional»).

Aunque la construcción de una teoría crítica contra los llamados nacionalismos periféricos por un lado, y contra el europeísmo de boquilla por otro lado, parezca una tarea sencilla, creo que el análisis y la descripción exacta de estas dos formas de proceder político e ideológico ante nuestra historia nacional, requiere de un gran esfuerzo intelectual, entre otras razones, por la exigencia de interdisciplinarietà que el proyecto mismo exige. Esas dos actitudes, esas dos patologías de nuestra historia reciente, han sido y aún son los dos principales impedimentos para definir qué es hoy España, desde un punto de vista genuinamente histórico y democrático. En todo caso, la deshistorización de la idea de España como nación y la sobrehistorización de ciertas comunidades autónomas están siendo dramáticos para el desarrollo de nuestra democracia. Son, pues, los dos males mayores de España la deshistorización, o mejor dicho, ese «pasar» indolente de la «ciudadanía» española respecto de su historia nacional y, por contra, una defensa «exagerada» (suprahistorización), incluso alimentado mentiras y engaños, de las «identidades» contingentes vinculadas al hecho casual de haber nacido en una u otra zona del país.

La deshistorización o despreocupación de los ciudadanos respecto de la historia nacional ha ido acompañado en el terreno de la historiografía científica por un abandono progresivo del marco de referencia español, que ha sido sustituido por otros de marcado acentos nacionalistas. Sobra explicar que ello obedece a motivos de índole ideológica y política como explicó muy bien el historiador Julio Valdeón al comienzo de los noventa: «La lucha por recuperar las seña de identidad de las

denominadas *nacionalidades históricas* en unos casos, y las defensas de las peculiaridades regionales de otros, han tenido mucho que ver en esta orientación de los estudios históricos. Al fin y al cabo la historia adquirió, en la década de los setenta, un indudable valor político-ideológico al convertirse en campo de referencia, con frecuencia manipulado, de los derechos reclamados por cada pieza del mosaico español». ⁶ Un caso extremo de manipulación histórica, desde una demanda de deshistorización de España, al servicio de fines partidistas fue llevado a cabo por el nacionalismo catalán, que ha conducido peligrosamente a España, a nuestra democracia, según predije en 1993, a más de un callejón sin salida. ⁷ El nacionalismo catalán, especialmente el impulsado por Pujol, es una forma de dictadura blanca basada en la inseparabilidad entre un proceso de deshistorización política y otro de sobrehistorización ideológica. El mecanismo se repite sin apenas variaciones en otras comunidades: primero, se niega la historia de España y de sus historiografías más relevantes; segundo, se «reconstruye» una «historia» (catalana, vasca o gallega, etc.) a la medida del partido que la interpreta. O sea, España no existe nada más que como una fuerza invasora del resto de los territorios o comunidades. El maestro Menéndez Pidal sigue teniendo razón. Demostró con precisión que el nacionalismo catalán es producto de la manipulación de la historia: «No cabe pensar que la historia de Cataluña viene equivocada y mal hecha desde hace ocho siglos, sino que son los nacionalistas quienes la escriben equivocadamente desde hace cuarenta años; son ellos los que entienden mal a Cataluña, y no Ramón Berenguer IV ni los

6. Julio Valdeón Baroque: «Quince años de historiografía española», en *Historia* 16, año XV, número 181, mayo, 1991, p. 160.

7. Agapito Maestre: «Deconstrucción de España», en MAESTRE Y OTROS (EDS.): *El proceso de unidad europea y el resurgir de los nacionalismos*. Euroliceo, Madrid, 1993, p. 42.

compromisarios de Caspe; son los separatistas los que pugnan con la Historia al querer vivir solo. “¡Nosaltres sols!”, cuando Cataluña jamás quiso vivir sola, sino siempre unidad en comunidad bilingüe con Aragón o con Castilla». ⁸

España no existe para el separatista nada más que nominalmente y, en el mejor de los casos, como un órgano centralizador de las diferentes aspiraciones nacionalistas ante un futuro Estado llamado Europa. Esta desvaída conclusión es el resultado de ese proceso ideológico de deshistorización-sobrehistorización de la idea de España. Se trata pura y llanamente de negar lo evidente: la existencia de España. Esta nunca ha existido; y si España nunca ha existido, entonces España no existe y, por lo tanto, jamás existirá. Este es el «gran» descubrimiento del nacionalismo catalán. Absurdo, sí, pero que nadie se equivoque y desprecie este «ideologema», porque en cualquiera de sus versiones refleja una extrema excentricidad que para nada está, frente a lo que pudiéramos pensar, en contradicción con la «racionalidad procedimental» utilizada para llegar a semejante falsificación de la historia de España. Es absurdo e irracional mantener que España no existió, no existe y no existirá, pero el «método» para llegar a tal «hallazgo» es bastante «racional» dentro de la lógica política utilizada por el nacionalismo catalán. Ha bastado con ir falseando la historia de España y de Cataluña. Este irracionalismo nacionalista ha sido tan peligroso para la convivencia en paz como la apología de la violencia defendida por el nacionalismo abertzale.

Por esos andurriales separatistas hemos llegado al llamado «procés» o golpe de Estado de los separatistas catalanes. El nuevo tiempo político lo ha dictado el golpista mesogobierno de Cataluña. Cuando sonó la alerta, allá por marzo de 2017, y

8. MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Los españoles en la historia*. Espasa Calpe, Madrid, 1982, p. 170.

todos los medios de comunicación levantaron acta de que el gobierno regional preparaba las papeletas para el referéndum de independencia o para las elecciones anticipadas, tracé los escenarios posibles del futuro político de España. Todos esos escenarios eran de derrota. Daba igual que las papeletas fueran para el referéndum o para las elecciones, porque en ambos casos la derrota del PP sería estrepitosa... Así fue. También entonces mantuve que habría una coalición de PSOE y Podemos.⁹ Asistiríamos muy pronto a la ruptura final del Estado, porque esos dos grupos políticos con mayoría absoluta aceptarían con suma facilidad la secesión de Cataluña. De hecho, ya la habían aceptado en términos intelectuales: por un lado, el encargado de la ponencia política de la candidatura de la señora Díaz a la Secretaria General del PSOE, el diputado Madina, había demandado una «constitución» para Cataluña y saltarse las prohibiciones que en el pasado puso el Tribunal Constitucional al Estatuto de la época de Rodríguez Zapatero, y, por otro lado, el señor Pedro Sánchez, entonces candidato a la Secretaria del PSOE, ya había dicho varias veces que aceptaba el plan de Podemos de gobernar en coalición con un estatuto especial, o sea independiente, para Cataluña. Por desgracia, los acontecimientos me han venido dando la razón de mis decires y previsiones para una España a la deriva...

Negros son los escenarios de la democracia española, porque nació para mantener lo que le daba entidad, el Estado-nación, pero ha conseguido llevarlo al borde del abismo. En este contexto de derrota de la idea nacional de España, los socialistas no menos que los *podemitas* han contribuido de modo decisivo a decir adiós a la nación. Recuerdo que en junio de 2017,

9. Ya en 2015, en mi libro *Podemos. Carta a Carolina Bescansa*, concluía que esa coalición era, perdón por la exageración, casi inevitable. MAESTRE, A.: *Podemos. Carta a Carolina Bescansa*. Ediciones del Orto. Madrid, 2015, pp. 76 a 82, 150 a 157 y 178 a 180.

durante el Congreso del PSOE que confirmó a Pedro Sánchez como Secretario General, el actual presidente del Gobierno propuso como consigna para alcanzar el poder «España es una nación de naciones». Fue criticado por unos pocos y viejos socialistas, y algunos medios de comunicación que defienden la Constitución de 1978, pero la opción ya había sido tomada. Era menester alcanzar el poder con Podemos y los separatistas, aunque eso implicase dinamitar el régimen democrático surgido de la Constitución de 1978. La apuesta política de Pedro Sánchez, escribí entonces, es el mayor peligro que correrá España en los próximos años. Es una apuesta por un mito. Un centauro de centauros. La sustitución de la realidad por expresiones como «nación de naciones» es el mayor reto al que se enfrentan los ciudadanos normales para defender la democracia.

El socialismo se muere en toda Europa, pero los socialistas españoles tratan de sobrevivir agarrándose a una retama seca, podrida, y a punto de quebrarse. Se trata de explotar las expresiones más irracionales de nuestro texto constitucional. Ya no solo está en cuestión el carácter único e indivisible de la nación española, algo que los españoles normales sufrimos desde hace mucho tiempo, sino que se trata de sustituirlo, previa destrucción de todos sus elementos más racionales, por algo tan indefinible como son los «sentimientos de nacionalidad» local, comarcal, regional y autonómica... La opción ideológica de Pedro Sánchez no es nueva en el PSOE. Consiste en jugar con la «idea» de nación española para conseguir el poder. Es menester seguir manipulando el concepto de nación, hasta convertirlo en un «ideologema» funcional, un instrumento retórico, que sirva lo mismo para un roto que para un descosido. Pues la parte central del «argumentario» o falsario catálogo de expresiones que elaboraron los socialistas para alcanzar el poder con la ayuda de Podemos y los separatistas. No estarán solos los socialistas a la hora de llenar ese programa de malas ocurrencias y tropelías

sobre la nación española. España será convertida en una entidad zarrapastrosa. Un trampantojo. Algo susceptible de ser manipulado a gusto del consumidor. Da igual decir «nación de naciones» que «me la bufa», como dijera hace unos años Savater, «España como nación». El PSOE no está solo en la faena de vaciamiento del artículo 2 de la Constitución. Está acompañado por su propia historia, una parte de su más triste historia, que tuvo sus mayores desgracias en la Segunda República y la Guerra Civil y su mejor fortuna en la etapa de Rodríguez Zapatero. Tiene el PSOE de Sánchez, pues, materiales suficientes en su pasado para nutrir su nuevo «programa» ideológico.

También el desprecio por la nación que ha caracterizado la historia de España, aquí sí que es triste nuestra historia, acompañará a Sánchez y su Gobierno en esta nueva etapa de destrucción total de la España constitucional. Ejemplo de esta triste historia contra la nación española es que su mayor teórico, el hombre que más razones dio en su favor, está negado tanto por la izquierda como por la derecha. ¿O se atreve algún político a citar la idea de nación de Ortega y Gasset?, ¿quién es el valiente que defiende su idea de nación como empresa de futuro basada en la tradición?, ¿quién no tiene miedo a seguir a Ortega y Gasset en un país lleno de cobardes? Nadie se rasgue, pues, las vestiduras por el contenido bárbaro que recoge la expresión «nación de naciones». Nadie se extrañe por que en este juego de los socialistas, llamado «plurinacionalidad», participen cientos de «hombres-masas», gente que vive de titulares y tópicos, periodistas que oyen la palabra nación y huyen despavoridos para que no los identifiquen, dicen ellos, con opciones políticas extremas. La nación le importa una higa a la mayoría de los hombres-masas, que habita en las redacciones de los periódicos, las universidades, las academias y todos los centros de socialización cultural de España. Pedro Sánchez, sí, será acompañado con fidelidad canina por muchos medios de comunicación,

universidades, ciento de periodistas, profesores, juristas, historiadores, academias de la lengua y la historia, ideólogos, escritores y, en general, por todos los que han sido maleducados en que España no es una nación.

Antonio Machado no ha llegado al hombre-masa. Pocos creen al poeta. Antonio Machado ha fracasado. La mayoría no suscribe sus palabras: «La nación española no es un mito». Los socialistas han vuelto a apostar por la mitología: «España es una nación de naciones». Mentira. Eso nunca ha existido y, además, es imposible conciliarlo con el carácter único e indivisible de la soberanía nacional que recoge la Constitución de 1978. La sustitución de una realidad histórica por una expresión abstracta es una tragedia para cualquier país. Solo hay algo comparable en maldad a esa faena, otra inexistencia, la defensa del «derecho a decidir». ¿Será ese el nuevo salto de Pedro Sánchez para mantenerse en el poder? ¿Quién sabe! Para poner en evidencia esa expresión «nación de naciones» he escrito esta meditación. No espero que mi esfuerzo dé algún fruto político, o sea, no caeré en la melancolía. Me conformo con compartir con mis lectores unas cuantas ideas a favor de España como Nación.

No renuncio a seguir pensando España. Lo haré con pasión. La razón por España es apasionada o no es. Seguiré, pues, preguntando a mis alumnos ¿qué es España? No ha mucho me encontré a un antiguo estudiante y me recordó, entre irónico y displicente, la pregunta que le hice el primer día de clase, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Granada. Corría el curso 1991-1992, y yo, que ejercía como profesor de Teoría del Estado y Filosofía Política, llegué el primer día de clase con ganas de soliviantar a mis pacíficos estudiantes. Me presenté e interrogué de repente a uno de los que estaban en las primeras filas con cara de espabilado: por favor, señor, responda con brevedad a la siguiente cuestión: «¿Qué es España?» El silencio fue, según me cuenta, sepulcral. La rabia

que sintió ante aquella pregunta aún le dura. Creo que me lo cuenta, después de pasados tantos años, para que le conceda la revancha. Parece que se quedó bloqueado y entró en un prologo mutismo. «¿Qué es para usted, reiteré, España?» Y, de nuevo, su silencio fue la respuesta. Le di las gracias, según me recuerda, y le aconsejé que repasara algún mapa de Europa y África para recordar, al menos, la situación de España en el mundo a finales del siglo veinte; le hubiera bastado repasar mentalmente los «límites» geográficos de la España peninsular e insular para haber contestado: España limita al Norte con el mar Cantábrico, etcétera...

Mi antiguo estudiante me recuerda que reiteré la pregunta a otro de sus compañeros y volvió a sucederle algo similar. Silencio y perplejidad. Aquella pregunta que tantas veces se formularon los de las generaciones de la Restauración, el 98, 14, el 36, e incluso las generaciones de finales del franquismo, era una antigualla apenas pasado quince años de la aprobación de la Constitución. Nadie sabía responder en una Facultad de Ciencias Políticas a la sencilla pregunta: ¿qué es España? Todo era silencio. Y, por supuesto, todos me miraban con ánimo de internarme en un manicomio. Quizá no estaban descaaminados: era la pregunta de un cuerdo en un mundo de locos separatistas, localistas y particularistas. ¡Lo peor de la Transición, un Estado sin nación, comenzaba sus primeros años triunfales! Mas, aunque sea una locura, yo persisto en la cuestión. Aún sigo pensando que es el tema fundamental de nuestro país y de nuestra filosofía. Precisamente, por eso, porque creo que es preciso saber qué es España como Nación, le concedo la revancha al periodista de *El Mundo*. «Discutamos, querido amigo, dime, por favor, desde tu atalaya periodística: ¿qué es España?» Se ríe, casi perdonándome la vida, y elude con viejas tretas académicas la respuesta. Ahora nuestro periódico, me dice con suficiencia fingida, «está publicando unos reportajes

sobre las diferentes comunidades autónomas. Eso es España». Lo dudo.

Quizá mi antiguo alumno, hoy tallado periodista, tenga algo de razón, pero sospecho que está tan perdido como los políticos que escurren el bulto definiendo España antes por Europa que por su historia y su proyecto; otros, se entregan a los separatistas, y dan el salto de la «nación de nacionalidades y regiones» a la «nación de naciones». Así las cosas, me sentí tentado a citarle la idea de «España como una unidad de destino en lo universal» (principio I de los Principios del Movimiento Nacional), y que «los intereses individuales y colectivos han de estar subordinados al bien común de la nación, constituida por las generaciones pasadas, presentes y futura», pero preferí callar porque para nuevas generaciones la idea de destino no la entienden ni aplicada a la Unión Europea que está fundada, según la Declaración sobre la Unión Europea, realizada en Stuttgart en 1983, «en la conciencia de una comunidad de *destino*». Es la misma idea de *destino manifesto* que impulsó a los EE.UU. de Norteamérica su expansión hasta las Costas del Pacífico... Si la pregunta qué es España es imposible responderla sin la historia de su destrucción, es decir, sin dramatismo, entonces nada mejor que aquella imagen cinematográfica que de ella dio nuestro mejor filósofo en el año 1921: «Yo imagino que el cinematógrafo pudiera aplicarse a la historia, y condensados en breves minutos, corriesen ante nosotros los cuatro últimos siglos de vida española. Apretados unos contra otros los hechos innumerables, fundidos en una cura sin poros ni discontinuidades, la historia de España adquiriría la claridad expresiva de un gesto, y los sucesos contemporáneos en que concluye el vasto ademán se explicarían por sí mismos como unas mejillas que la angustia contrae o una mano que desciende rendida. Entonces, veríamos que, de 1580 hasta el día, cuanto en España acontece es decadencia y desintegra-

ción». ¹⁰ ¿Cómo dejar de preguntarse hoy, con más dramatismo que en los años veinte, por qué hay separatismo, por qué hay españoles que no se sienten tales? Sí, porque yo digo España, porque aún pregunto qué es España, me queda la esperanza de ver un rostro distendido por la alegría y una mano erguida que nos alienta para recuperar una voluntad colectiva, una nación democrática, a partir de la «identidad» española.

El conocimiento del pasado no bastará para dotar de alguna razón a esa esperanza. Será necesaria una nueva inteligencia capaz de conectar el pasado, el presente y el futuro. Será necesaria la política. Este libro intenta acercarse a la pregunta ¿qué es España? para aquí y ahora. Plantea solo un problema. Es una manera de hallar su solución. Trata de ceñirse a pensar la llamada cuestión nacional a partir del año 39 del siglo pasado, o mejor dicho, según es planteada por algunos autores después de la Guerra Civil, aunque soy consciente de la dificultad de prescindir de figuras intelectuales que fueron claves tanto antes como después de la Guerra Civil, por ejemplo, Ortega y Gasset. En todo caso, los grandes de la cultura española contemporánea que aquí aparezcan prefiero leerlos indirectamente. La luz, o quizá a la sombra, que sobre ellos proyectan los autores de la postguerra, entre otras razones, porque eso nos permite estudiar con más precisión la evolución no solo del régimen político de Franco sino también la llegada de la democracia. En todo caso, la primera intención de este libro es contrastar la pluralidad de visiones de España de algunos grandes escritores y ensayistas, que van del franquismo a la democracia, con la actual situación política de un Estado casi «desnacionalizado». Vamos, pues, a la cosa, que comenzará haciéndose cargo del «discurso» de quienes desprecian la idea de nación española.

10. ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, III. Revista de Occidente y Taurus. Madrid, 2005, p. 453.

Capítulo primero

¡Yo digo España!

La nación española no es un mito.

ANTONIO MACHADO

La pluralidad de interpretaciones de la identidad histórica de España y sus distintas concepciones en la cultura española han sido sustituidas por una perspectiva reduccionista, fantasmagórica e ideológica de nuestro pasado, presente y futuro. Su origen se halla en las anacrónicas tesis de corte federalista y catalanista de Pi y Margall y Prat de la Riva, fue desarrollada por Bosch Gimpera, primero, en plena Guerra Civil, para inaugurar en Valencia el curso académico de 1937, y, después, durante su exilio, en sintonía con las tesis expuestas por el oceanógrafo socialista Anselmo Carretero Jiménez en su ensayo: *Las nacionalidades españolas*.¹¹ Durante la etapa de Rodríguez

11. La primera edición de este libro solo aparece como autor el padre de Anselmo Carretero, Luis Carretero Nieva; cfr. CARRETERO NIEVA, L.: *Las nacionalidades españolas*. Suplemento de *Las Españas*, México D.F. 1948. Hay una segunda edición de este libro en 1952 firmada por padre e hijo con un prólogo de Bosch Gimpera. Anselmo Carretero explica así su encuentro con Bosch Gimpera: «Cuando en 1948 sacamos la primera edición de “Las nacionalidades españolas” manifestó tanto interés por este trabajo que cuatro años después, al publicar la segunda, muy ampliada, le propusimos que escribiera el prólogo. Esta colaboración fue el comienzo de nuestra amistad», cfr. prólogo de Anselmo Carretero al libro de BOSCH-GIMPERA, P.: *La España de todos*. Seminario y Ediciones, Madrid, 1976, p. 13. Según Anselmo Carretero, hay otra edición del libro *Las nacionalidades españolas*, en San Sebastián, 1977; cfr. Carretero, A.: «Socialismo y federalismo en España», en VARIOS: *Federalismo y Estado de las Autonomías*. Ed. Planeta, Barcelona, 1988, pp. 51 a 74.